

# Necesitamos una erótica del arte

Óscar Merino Marchante

Susan Sontag, consolidada como una de las figuras más representativas de los movimientos intelectuales de la década de los sesenta, publica una completa colección de ensayos titulada *Contra la interpretación* (1964), cuyas exacerbadas reflexiones dejan al descubierto la pérdida de la prístina inocencia de la creación artística que ornamentaba las lóbregas cavernas rupestres.

El primer ensayo, de nombre homónimo, se presenta como una declaración de principios de la autora. La opositora de la interpretación elabora, paradójicamente, una gran y acertada interpretación sobre la interpretación, valga la redundancia. En este propone que la conciencia crítica occidental se ha mantenido en los límites dibujados por el concepto de arte como mimesis de Platón y Aristóteles: para el primero, el arte se concebía como un elemento completamente inútil, pues era la imitación de la imitación, sin embargo, para Aristóteles, se hallaba cierta utilidad en cuanto frenaba y sosegaba los humores emocionales del hombre. Ante la taxonomía inherente de tal premisa, el arte ha necesitado un alegato de defensa: «y es la defensa del arte la que engendra la singular concepción según la cual algo, que hemos aprendido a denominar “forma”, está separa-

do de algo que hemos aprendido a denominar “contenido”, y la bienintencionada tendencia que considera esencial el contenido y accesorio la forma» (Sontag, 1964, p. 16); aún en las teorías modernas, inclinadas hacia horizontes de carácter más subjetivo, se muestra indisoluble cierto matiz mimético.

La idea preconcebida de asignar un sentido a la obra de arte está tan vastamente extendida, no solo entre los traductores —como bien califica la autora, no sin tintes irónicos, a los críticos—, sino también para cualquier persona que pretenda enfrentarse al arte, que todo aquel que se acerca a ella ya tiene interiorizado que ha de interpretar y decodificar una serie de elementos para desmascarar su contenido. Este planteamiento, según Sontag, es un tedioso obstáculo y «un, no tan sutil, filisteísmo».

El arte en general debe lidiar con toda una serie de estigmas arraigados en la historia, pero será el texto en particular quien deberá cuidarse con mayor diligencia de la interpretación crítica. ¿Cómo devino la acuciante empresa de interpretar la literatura? Las interpretaciones —o reinterpretaciones— están condicionadas por los «modernos» tiempos que corren. Los textos primitivos no tenían cabida en determinados contextos históricos

puesto que no guardaban ninguna similitud con el momento sincrónico de los lectores, por lo que se encuentra en la interpretación una gran aliada para suplir las carencias apropiadas por el espacio entre la creación artística y el momento de contemplación. A lo largo de la historia, esta distancia se ha salvado con riguroso respeto, sin embargo, a mediados del siglo XX, el respeto se apartó para dar lugar a una crítica feroz, agresiva y ácida, manifestada en un grito de desprecio para la obra y, por ende, su autor. Este, en ocasiones, declara su intención de manera explícita en la propia obra, ya sea por el hastío ante el ferviente ojo crítico, o bien por el cansancio ante interpretaciones poco acertadas.

No obstante, todos aquellos que no han gozado de tal privilegio aglutinan una inagotable retahíla de interpretaciones entre sus obras. Obras de inexorable calidad como las de Proust, Joyce, Kafka, entre otros, son parte de la interminable nómina de autores que han sentido el frío acero de la espada de Damocles sobre sus textos. Este hecho se muestra casi ineludible, ya que parece ser necesario volver inteligible el texto, volcar su contenido al mundo que comprendemos.

En términos freudianos, podríamos interpretar que esta incesante necesidad está originada por una frustración e insatisfacción ante la obra, pues prevalece el deseo de cambiar una cosa por otra, lo que implica, de manera directa, convertir el arte en manejable y maleable, siendo así el arte «un artículo de uso». Sin embargo, la interpretación no siempre se alza victoriosa en esta pugna de poderes, de hecho, es posible que el arte moderno se conciba como una huida de toda interpre-

tación, llegando a convertirse, incluso, en un arte del no-ser. Las obras vanguardistas, en su espectro más amplio de manifestaciones artísticas, parecen ejemplificar con precisión esta deserción tan anhelada entre los autores. El arte pop, por ejemplo, «busca, por medios opuestos, un mismo resultado; utilizando un contenido tan estridente, como “lo que es”, termina también por ser ininterpretable» (p.18).

En la otra cara de la moneda, también podemos hallar la respuesta para burlar a los intérpretes, pues se puede elaborar una obra tan nítida y clara que no deje lugar a la duda, siendo, llanamente, lo que es. Según nuestra autora, esto sucede, con la obviedad de un axioma, en el cine, ya que en toda buena película existe un momento de espontaneidad que nos libera de toda necesidad de interpretar.

Entonces, ¿cómo debería ser una crítica de arte sin usurpar su identidad? Se debería supeditar el contenido a la forma y elaborar un vocabulario con criterio con el cual se describan y adscriban las obras, pues relegar el contenido a segundo plano levantaría muros a la interpretación. Asimismo, sería aceptada una crítica fruto del amor, la generosidad y sin perjuicio de la obra en sí. Sea como fuere, se debe canalizar la crítica por y para la transparencia, reduciendo la intencionalidad de encontrar un contenido más allá del que es; para ello, debemos conectar con la sensorialidad: escuchar, oír y ver más, donde el objetivo final sea observar la obra tal como es y no lo que significa. Debemos, en definitiva, hacer el amor a la obra, erotizando la crítica y desplazando la interpretación.

Susan Sontag, pese a que no predica

con el ejemplo siendo una certera intérprete de la interpretación, muestra una visión muy acertada de la realidad a la que se exponen las obras solo por su condición de ser; sin embar-

go, es harto difícil destejer la interpretación, ya no solo de la crítica, sino del ser humano, pues, al igual que la obras, la interpretación radica en el ser de su condición.